



XI.

CELIA.

**N**o había nada que pedir al fausto de los nuevos esposos. Se hallaban instalados en un palacio digno de sus riquezas. La munificencia real había contribuido también por su parte al esplendor de la boda, agraciando á los novios con el título de Condes. Nada, pues, faltaba á su dicha.

Celia eligió sus habitaciones, adornándolas á su gusto, y Elías hizo lo mismo. Cada uno tenía su servidumbre distinta, sus amistades aparte y sus costumbres particulares. Solían encontrarse en los paseos, en los teatros, en las carreras de caballos y en la plaza de toros; comían en la misma mesa los días de la semana señalados para las grandes recepciones y para las comidas ofi-

ciales. Vivían en la misma casa, y cada uno en la suya.

Aún estaban en la luna de miel. La observación de los curiosos no advertía en la Condesa variación alguna; era la misma, aunque más móvil, más bulliciosa, como si dijéramos, más independiente; cosa bien natural, pues aquí parece que en el matrimonio el hombre pierde su libertad, y la mujer la conquista. En cambio el Conde perdía visiblemente su buen humor; se le veía pálido, taciturno, y algunas veces hasta sombrío. No acompañaba nunca á la Condesa en los sitios públicos; pero se había notado que la seguía á cierta distancia, como sigue la sombra al cuerpo, y que la seguía ocultándose, como quien espía ó como quien huye.

Una mañana fué invitado por la doncella particular de Celia para pasar al tocador de la señora Condesa, que lo esperaba. Semejante invitación debía ser una verdadera novedad, porque Elías se mostró sorprendido, y aun brilló en sus ojos un relámpago de alegría. Luego movió la cabeza en señal de duda, y se dispuso á asistir á la cita que se le daba. Antes consultó con el espejo el estado de su fisonomía, y pareciéndole demasiado triste, la animó con una sonrisa; compuso el desorden de sus cabellos, contempló la blancura y perfección de sus manos, y salió de la estancia en que se encontraba.

Para llegar al tocador de la Condesa tenía que atravesar los salones principales del palacio, que sólo se abrían en las grandes recepciones. Es decir, que el mundo estaba interpuesto entre los dos recién casados.

Llegó á la puerta del tocador de la Condesa, y llamó suavemente.

— Adelante, — dijo Celia, con acento amigable.

Elías entró, inclinándose ceremoniosamente delante de su mujer.

Ella, sin mirarlo, hizo un ligero movimiento con la cabeza, diciéndole:

— Siéntate.

Acababa la doncella de desatar las magníficas trenzas que cubrían la frente de la Condesa, para empezar sin duda la tarea del cotidiano peinado. De manera que la entrevista entre los recién casados iba á tener por testigo á la doncella, ó el marido se vería obligado á hacerle á su mujer una antesala lo menos de media hora.

Mas no sucedió ni una cosa ni otra, porque Celia sacudió de pronto la cabeza, haciendo caer sobre los hombros la negra tempestad de sus rizos tumultuosos, y despidió á la doncella.

Una vez solos, ella abandonó el espejo, y fué á reclinarse voluptuosamente sobre los cojines del diván, junto á su marido. Éste la contempló en silencio, recogiendo con ávida mirada los vivos rasgos de la belleza que tenía delante. Los

pliegues del peinador que la cubría no eran bastantes á ocultar los contornos de su figura; antes, por el contrario, los realzaban, dejando á la imaginación correr desenfrenada por todos los espacios del deseo.

Las mejillas siempre pálidas de Celia, aparecían entonces ligeramente sonrosadas, y la nube de sus rizos, y el brillo de sus ojos, y la expresión de su boca, y el abandono de su actitud, la rodeaban de una seducción bastante peligrosa.

—Vamos (dijo con acento armonioso); señor Conde, creo que no nos entendemos.

Puentereal no hizo más que encogerse de hombros.

—Bueno (continuó ella diciendo). ¿Por qué hemos de engañarnos? Hemos hecho un matrimonio de conveniencia. ¿No es esto?

—¡De conveniencia!—exclamó Puentereal.

—Así lo llama el mundo (añadió Celia). Nuestra unión ha venido á ser la suma de dos cantidades iguales.... Al casarnos, cada uno de nosotros hemos doblado nuestro capital. Yo no entiendo esas cuestiones de números; pero así se lo he oído decir á mi padre.

—¿Así?—preguntó Elías.

—Así,—contestó Celia.

—Ese es, en efecto (añadió el marido), un aspecto de nuestra unión, y el hombre de ne-

gocios lo ha visto principalmente de esa manera: nos ha sumado en su libro de caja.

—¿Pero acaso (preguntó ella) tiene otro aspecto nuestro matrimonio?

—Sin duda,—le contestó el marido.

—¿Cuál?....

—El amor,—le contestó con voz temblorosa.

—¡El amor!.... ¡El amor! (replicó la hija del Banquero.) ¿Es decir que nos amamos?

Miróla Elías fijamente, preguntándole:

—¿Por qué no, Celia?

Sosteniendo ella con firmeza la mirada de su marido, le dijo:

—Puentereal, porque no.

—¿Crees tú (insistió él) que yo puedo mirar con indiferencia...?

—¿Mis encantos? (añadió, interrumpiéndole.) No paso esa galantería.... Un marido que requiebra á su mujer es un marido ramplón.... Eso ya no está admitido.... es de muy mal gusto.

—¡Ah, Celia! (exclamó.) No te comprendo.... Expílicate.

Echó ella hacia atrás los rizos que sombreaban su frente, exclamando á su vez:

—¡Oh, qué torpe eres! No suspires (añadió), ni me mires con esos ojos de amante de novela. Tranquilízate, porque te juro que no estoy celosa. He sospechado que no me conoces, y es preciso que nos conozcamos. ¡Ea! Fuera de inúti-

les hipocresías, y hablémonos como dos amigos inseparables.

—Hablémonos (dijo Puentereal). Salgamos de una vez de la increíble situación en que nos encontramos.

—Yo creí (advirtió Celia) que esta explicación, siempre enfadosa, sería entre nosotros innecesaria; pero tú no has comprendido todavía toda la originalidad de mi carácter; me has incluido en el vulgo de las mujeres, y crees que me agradan todos los homenajes. No: tú eres un hombre de mundo, gastado en los placeres de la vida, y no he de ser yo una mujer tan ridícula que intente transformarte. Al darte mi mano, no me propuse nunca esclavizarte. ¿Nos entendemos?

—Celia (replicó Puentereal): te juro que ninguna mujer ha ejercido sobre mí el imperio que tú ejerces. Tu voz me conmueve, tus miradas me estremecen, y tus sonrisas me embriagan.... Eres á mis ojos un vaso rebosando de delicias. ¿Por qué has encendido en mí ser el infierno que me devora?

— ¡Capricho! ¡Capricho! — exclamó Celia, frunciendo el entrecejo.

— ¡Capricho! (replicó Elías.) Capricho que me avasalla, que me conmueve y que me aniquila. ¿Dónde podrías ocultarte que yo no te descubriera, que yo no te adivinara?

—Te engañas. Si yo no hubiera sido la hija única del opulento Banquero, ni siquiera me habrías visto.

Pronunció Celia estas palabras con desdén soberano, añadiendo:

—Estás loco.

—Loco, sí (dijo Puentereal). Loco; pero soy tu marido, y reclamo todos mis derechos.

— ¡Mi marido!.... (replicó.) Ciertamente eres mi marido, porque te creí más razonable; pero eres un marido insufrible. En cuanto á tus derechos, has llegado tarde.

— ¡Tarde!.... (exclamó.) ¿Qué quiere decir tarde?....

— Quiere decir (contestó Celia) que mi corazón ya no es mío. No dirás que te engaño.

— ¡Celia! (gritó con semblante airado.) ¿Qué hombre es el que se ha puesto en mi camino?.... Habla....

— Cálmate (le dijo ella). Eso no lo sabrás nunca. Es el secreto de mi alma.

Y abandonándose á la emoción de que se hallaba poseída, añadió suspirando:

— ¡Ay! Es un amor imposible.

— ¡Imposible! — murmuró Elías sordamente.

— Sí (replicó ella): imposible, pero inmenso.

Puentereal se quedó mudo. No acertaba á apartar los ojos de Celia.... Jamás le había parecido más hermosa. Sentía impulsos de arrojarle á sus

pies, y al mismo tiempo experimentaba horrible deseo de ahogarla entre sus brazos. Á la vez su sangre se helaba y ardía.... Todo su pensamiento se condensó en una palabra:

— Me perteneces, — dijo.

Y sin poder contenerse, tendió las manos para asir las de Celia.

Ella las rechazó con indiferencia mil veces más cruel que el enojo, y se puso de pie, diciendo:

— ¡Nunca!

Aquella mano delicada que huía de la de su marido, agitó el cordón de seda que colgaba sobre el diván, y Celia fué luego majestuosamente á sentarse delante del espejo. La entrevista había terminado: la Condesa llamaba á su doncella.

Elías salió del tocador de su mujer cabizbajo, sombrío, terrible, llevando en su alma un infierno de ira, de celos, de deseos, de venganza, de amor y de envidia.



## XII.

## ÚLTIMA JUGADA.

**E**N TRE todos los tormentos á que puede una mujer condenar el corazón de un hombre, el más horroroso debe ser el suplicio de un rival desconocido, porque equivale á depositar en su alma un odio sin límites: el odio que se necesita para aborrecer al mismo tiempo á todo el género humano. Es un fantasma que está de continuo delante de los ojos, y que se escapa siempre de las manos: el recelo permanente, la sospecha múltiple.

Es andar siempre sobre ascuas, vivir con el alma en un hilo, no llegar la camisa al cuerpo.... Un rival conocido no es al fin más que un hombre, un temor, una traición, un peligro; pero un rival desconocido, cuyo nombre se ignora, es la suma de todos los hombres, de todos

los temores, de todas las traiciones, de todos los peligros. ¿Dónde está?... Aquí, allí, allá, más cerca, más lejos, en el salón, en la calle, en el teatro.... en todas partes. ¿Quién es?... Éste, aquél, el otro, el que sonríe, el que va, el que viene, el que entra, el que sale, el que sube, el que baja... todos.

No hay ser de forma más fantástica ni de realidad más terrible. El tormento que hace sufrir se multiplica por todas las acciones que vemos, por todas las palabras que oímos, por todos los pensamientos que imaginamos. Verdaderamente debe ser tormento del infierno; tormento solitario, sordo, íntimo, implacable, que aísla el espíritu y lo desespera, haciéndose la única compañía del alma.

Como toda inclinación más ó menos viva hacia una mujer se llama amor, es preciso convenir en que el amor es muchas veces un sentimiento innoble, tan innoble, que no pasa de ser la más vergonzosa grosería de los sentidos. No es una tierna necesidad del espíritu, sino un ciego apetito de la carne.

Esta pasión vulgar ignora el valor de los sacrificios, desconoce el tranquilo placer que causa la satisfacción de amar aquello que es digno de ser amado. ¡Sacrificios!... En vez de ofrecerlos, los impone; no ama, apetece; carece de entusiasmo, porque todo es deseo; se irrita ante

las contrariedades, y hierve como el mar en los escollos; el fuego en que se enciende, en vez de dar calor, abrasa. No busca la correspondencia, que es la comunicación de los sentimientos, sino la pide; no intenta merecerla, porque le basta sólo con alcanzarla; no es un afecto, es un vicio.

Son vapores de la carne que nublan el entendimiento y oscurecen el alma, formando tempestades más desastrosas que las tempestades de la tierra. Es una embriaguez que enloquece. En estas pasiones los celos toman un carácter espantoso; no son el desengaño que causa la inconstancia, ni el dolor de la infidelidad, ni la pena de la indiferencia; son el grito del amor propio herido; es el furor que enciende en el ánimo el placer que se escapa de las manos; son al mismo tiempo la ira, la envidia y la venganza.

Tal era el amor desesperado que Puentereal sentía por Celia, y para que el tormento á que se hallaba condenado fuese más agudo, el rival que le disputaba la dicha era un rival desconocido, un rival anónimo, la sombra impalpable de su desesperación, que estaba en todas partes. La imagen de este rival misterioso y casi fantástico se multiplicaba en su imaginación; cambiaba de aspecto y de fisonomía á cada instante; se revestía sucesivamente con todas las formas imaginables; no era un rival; era un torbellino de rivales.

Lo buscó por todos los rincones de la sociedad, sin poder encontrarlo.... Lo había condenado á muerte antes de conocerlo, y se había pregonado á sí mismo su cabeza.... Meditaba el homicidio con verdadera complacencia; si algún rayo de luz sonreía en el tenebroso abismo de su pensamiento, era la idea de su rival bañado en sangre y tendido á sus pies, como la víctima inmolada al numen de su dicha.

Entre tanto, la Condesa se mostraba cada día más inaccesible, lo mismo á las súplicas que á las amenazas de su marido. Le cerraba todas las puertas sin misericordia, y parecía empeñada en arrancar de su corazón hasta el último vislumbre de esperanza. Sin embargo, lo hacía con una naturalidad intachable, como la cosa más sencilla del mundo: lo desesperaba sin violencia, sin artificio, sin desdén y sin ira, sin reparar en ello. Puentereal habría preferido el odio á la indiferencia; pero, en verdad, su mujer no se tomaba ni siquiera el trabajo de aborrecerlo.

Le era permitido verla en público, en medio de esa corte que siempre rodea al fausto, y allí, escondido entre la multitud, expiaba sus movimientos, sus miradas, sus sonrisas, acechándola como el tigre acecha á su presa, sin encontrar nunca rastro de aquel rival odioso. La alegría de la Condesa era un puñal que se clavaba en su alma; y si alguna vez se mostraba distraída,

pensativa ó triste, aquellas distracciones, y aquellos pensamientos, y aquellas tristezas, le parecían mil veces más crueles que sus alegrías.

En el infierno de la vida á que se veía encadenado, todo le servía de tormento. El bullicio del mundo le era insoportable, los placeres mordían su corazón despedazándolo, sus propias riquezas le estorbaban; eran las cadenas de oro que lo oprimían, que lo sujetaban lejos de Celia. Por una combinación horrible de su destino, aquellas riquezas que habían servido para unirlos, se convertían de pronto en el abismo que los separaba.... Este hombre infeliz vivía roído por todas las desesperaciones: llevaba en el alma un nido de serpientes.

Debió acometerle de repente un pensamiento nuevo, porque se contrajo ferozmente su fisonomía, se dió una palmada en la frente, y se dijo con voz sorda:

—Sí.... los dos....

Desde aquel momento se hizo más tratable, tomando una parte más activa en la vida que le rodeaba. Notaban sus amigos que padecía frecuentes distracciones, y le preguntaban:

—¿En qué piensas?....

—Pienso (decía) retirarme de los negocios, y medito mi última jugada.

—¿Á golpe seguro?....

—Ya veréis, ya veréis si es seguro.

Llegaron á Celia estas noticias, y dijo al saberlas:

—Cuidado con Puentereal, porque ya saben Vds. que tiene una fortuna loca.

Solía la Condesa experimentar el cansancio que con frecuencia acompaña á las gentes demasiado ricas y demasiado desocupadas, y algunas noches no recibía, y retirándose temprano, despedía á su doncella, después que ésta la dejaba en la cama, buscando, por lo visto, en el sueño un refugio contra el fastidio.

En una de estas noches, cuando el palacio se hallaba en profundo silencio, salió Elías cautelosamente de sus habitaciones, y se deslizó con pasos mudos y lentos hasta llegar á la misma puerta del dormitorio de la Condesa. Allí se detuvo, y escuchó algún tiempo. Después la puerta se fué entreabriendo poco á poco, y Elías penetró en el dormitorio de la Condesa.

En medio del silencio, un oído atento habría percibido algo semejante á un grito humano, pero á un grito inmediatamente ahogado, y á la vez algo semejante á la respiración entrecortada de un hombre que hace el último esfuerzo. Después no se oyó nada.

La puerta del dormitorio volvió á entreabrirse, y Elías salió, pronunciando entre dientes, con una voz como un soplo, estas palabras:

—¡ Muerta.... muerta! ....

Repitiendo estas lúgubres palabras, se perdió en la oscuridad de los salones, salió á una galería, buscó la escalera interior del palacio, se precipitó en ella, cruzó el pórtico, y se lanzó á la calle.

Corría como un loco, como si huyera del mundo, como si huyera de sí mismo, y no tardó mucho tiempo en encontrarse fuera de la población.... ¿Adónde iba? Él mismo lo ignoraba; corría sin dirección, sin voluntad, impelido, arrastrado por una fuerza desconocida.

Al fin se detuvo, y lanzó en torno suyo miradas desencajadas. La soledad en que se encontraba aparecía llena de espectros que se agitaban delante de sus ojos, tendiéndole los brazos y arrojando á su rostro el aliento helado de la muerte.

Á lo lejos distinguía montes despedazados por abismos sin fondo, peñascos hendidos por el rayo, rocas calcinadas por el fuego de los volcanes, y este horizonte desolado daba vueltas á su alrededor, estrechando el círculo que formaba, cerrándole el paso como un torbellino que saboreaba de antemano el placer de aniquilarlo.

— Bien (dijo). La naturaleza se asocia á nuestro último destino, y el caos abre sus brazos para recibirnos; la muerte va á unirnos para siempre. ¡Oh! Serás mía.

Oprimió entre sus manos el doble cañón de un primoroso revólver, que contenía dos veces



la muerte, lujosa é ingeniosamente dispuesta, según el último adelanto del siglo.

— ¡Ah! (exclamó.) No debo hacerla esperar mucho tiempo.

Apoyó el arma sobre la sien, diciendo:

— Antes á ella... ahora á mí... los dos.

La pólvora inflamada estalló, el silencio se tragó aquel sordo rugido, la oscuridad aquel rayo de la desesperación humana, y Elías, dando una vuelta sobre sí mismo, cayó desplomado.

Una sombra surgió en aquel instante del seno de la tierra. Esta sombra era Baal, con su cabellera roja como el fuego y sus ojos de llamas.

Entonces, en el horizonte nublado, apareció una claridad lejana, un rayo de luz, una esperanza, y Baal, poniendo el pie sobre el cuerpo de Elías que palpitaba con los últimos estremecimientos de la muerte, apretó los puños, y amenazando al cielo, gritó:

— ¡Atrás... atrás... ya es mío!



RAYO DE SOL